

Una Gloria Arquitectonica

Veritas

P. Migue Selga S.J. 21 Octubre 1951

Cabalmente en este año de 1951 se cumplen trescientos años desde que pasó a mejor vida en Cebú el Jesuita genovés, Juan Antonio Campión erudito en letras, sutil en filosofía, profundo en teología, sólido en moral, y muy señalado en astronomía y arquitectura civil. Compuso varias obras de astronomía, redactó por muchos años los calendarios y añalejos para el uso eclesiástico y con no poca admiración del público predijo acertadamente los otros y ocasos de los planetas, juntamente con los eclipses del sol y de la luna.

El monumento que más lustre dió al nombre del P. Campión fue el templo de San Ignacio de Manila, levantado desde los cimientos por planta y dirección de este famoso arquitecto. La longitud del templo era de 204 pies texto ancho, era de tres naves: el hueco de la nave principal era de más de 40 pies: ésta se dividía en las dos colaterales por unas fuertes, sólidas y hermosísimas pilastras. A la entrada de la iglesia había dos arcos elípticos, sobre los cuales descansaba en bóveda de cantería un coro muy capaz. Doce pilastras paralelepípedas mantenían esta suntuosa fábrica. La gracia que daban a la majestad del templo las bóvedas formadas de segmentos, el delicado tejido de labores, las molduras bien distribuidas de las cornisas eran la admiración de todos. Le daban claridad ocho ventanas rasgadas muy capaces, que con otras muchas de varias figuras y tamaños bañaban de luz el templo a todas horas.

Por ser Filipinas combatida de baguios tuvo que reducirse la altura de las torres: por el mismo motivo se eliminó la cantería en la construcción de la cúpula y bóveda de la nave principal; en cambio se utilizaron maderas tan sólidas y tan firmemente trabadas que en más de un siglo no fue necesario tocar las armaduras de cúpula y cañón: ni las desenlazaron las sacudidas de los repetidos temblores, ni las carcomieron las lluvias y otras intemperies del país. En la parte inferior y exterior del templo se veían bellamente repartidos varios escudos, chinas, follajes, escocias, boceles, filetes, festones, cornisas, capiteles y demás adornos. En la construcción de este templo compitieron, así, la solidez y el primor, como la belleza y la majestad. De día estaba todo el templo tan bañado de luz que parecía transparentarse las paredes: las noches de grandes fiestas se iluminaba con tan amplia y bella distribución de luces que parecía la cuna del sol y un retrato de aquella ciudad del apocalipsis, cuya luz es el cordero.

Este templo ofreció sepultura eclesiástica a gobernadores generales tan integros como Juan Niño de Ta-

vora, a fundadores de congregaciones religiosas como la Madre Ignacia del Espíritu Santo y a príncipes de Japón que, como Justo U-candono, por amor a la Ec católica tuvieron que emigrar de su patria y buscar en Filipinas libertad, protección y amparo.

Con el correr de los años la condición de este templo del P. Campión fue de mal en peor. A partir del último cuarto del siglo dieciocho el templo quedó descuidado, cuando Carlos III por razones que se reservó en su real pecho expulsó de Filipinas a todos los Jesuitas: los temblores de 1851 lo medio derribaron: el solar pasó a ser propiedad de España y luego de Estados Unidos: El frenesí deportivo del siglo veinte vió trocado en teatro de reñidísimos juegos de basketball el pavimento en que por más de los siglos se arrodillaron los fieles que acudían a la iglesia de S. Ignacio; en tiempo de la ocupación japonesa el sitio vió de cuartel a las tropas imperiales y al entrar americanos en 1945 que convertido en depósito de camiones.